



GAY COURTER

FLORES  
EN LA  
SANGRE

Una mujer valiente  
que se enfrentó a su destino

Ésta novela exótica y magistralmente estructurada en torno a una familia judía resucita un aspecto jamás descrito de la India victoriana, enmarcado en la extraordinaria búsqueda de amor y justicia de Dinah Sassoon.

En la colonia británica de la India el fin del siglo XIX es una época pródiga en oportunidades, que el padre de Dinah aprovecha cumplidamente. El comercio del opio le convierte en puntal de la pequeña y compacta comunidad judía de Calcuta, pero sus frecuentes viajes a la China siembran la semilla del desastre, y su hermosa y sensual esposa aparece misteriosamente asesinada. Dinah, a la sazón hija de una madre deshonrada, ve desvanecerse su privilegiado futuro entre el desprecio y el escándalo, y se ve obligada a contraer un matrimonio sin amor que al cabo de poco se deshará.

Cuando Dinah conozca al irresistible Edwin Salem, con el que se unirá apresurada y tempestuosamente, hallará la felicidad y el estímulo para sus ambiciones. Poco a poco logrará ponerse al frente de los negocios familiares dedicados al cultivo y a la venta del opio, en lo que se convertirá en un desafío y al propio tiempo en su tormento.

Dinah Sassoon es una mujer indómita cuya historia discurre desde su protegida infancia en Calcuta al esplendoroso y depravado entorno de la corte de un maharajá, de la belleza y tranquilidad de una solitaria plantación de té en la falda del Himalaya a las implacables manipulaciones y febriles pujas de los mercados del opio indios y chinos, de la dureza de los negocios a la dulce entrega del amor. «Flores en la sangre» es una saga que sigue una gran tradición novelesca: amplitud, autenticidad y fuerza narrativa.

*Con un afectuoso recuerdo  
para tía Edith y tía Mary*

# FLORES EN LA SANGRE

Gay Courter

## PRIMERA PARTE

Campos de adormideras

En la India... todo cuanto ha sucedido, está sucediendo o sucederá a la raza humana es notorio a simple vista.

André Malraux

A. Sassoon Salem  
11,  
Alwyne Place  
Londres N 1

11 de julio de 1960

Clara Luna Weiss  
605 Park Avenue  
Nueva York

Querida Clara:

*Aún estamos ultimando los detalles de la herencia de madre, pues desde que hablamos en Londres, tras los funerales conmemorativos, apenas ha cambiado la situación. Sin embargo, entre los bienes que te ha legado se encuentra el horrible mueble al que ella aludía como el «escritorio de Clive». Sin duda debía de recordar tus admirativos comentarios sobre el mismo, aunque no estoy seguro de si pretendías elogiarlo o bromeabas.*

*En cualquier caso, sus documentos indujeron a mister Jhirad a retirar un paquete que encontró en uno de los cajones y enviártelo. De acuerdo con las instrucciones de madre, la envoltura permanece intacta. Todos estamos ansiosos por saber si se trata de cartas de amor o, como ha sugerido tío Asher, de un puñado de rupias sin valor alguno, conservado «para alguna emergencia». Zachariah dice que si son facturas pendientes de pago debes quemarlas. Conociendo la vena sentimental de madre, declaro públicamente mis sospechas de que el paquete contendrá informes escolares, garabatos infantiles, fotos y demás. La razón de que te lo haya legado se debe a que heredaste su inclinación a conservarlo todo.*

*Si lo deseas, te enviaré el escritorio «por separado» o dispondré de él según tus instrucciones. Tu parte más sustancial del botín te será transmitida una vez que los buitres recaudadores de ambos lados del Atlántico hayan monda-do los despojos.*

*No dejes de informarnos sobre el misterioso paquete.*

*Cariñosos recuerdos de Nancy y de los niños,*

Aaron

## 1

## CALCUTA, 1878

Desde aquel espantoso día me siento incapaz de resistir el golpeteo de una persiana. Tardé casi veinte años en ordenar que retirasen aquellos horribles artilugios de madera de las habitaciones y los sustituyeran por silenciosos cortinajes. E incluso actualmente, tres cuartos de siglo después, recuerdo con aversión el peculiar sonido que me despertó la mañana que mi madre fue asesinada.

Sin embargo, aquí estoy, en la habitación donde sucedieron los hechos, consignando por escrito cuanto logro recordar después de tanto tiempo. Partes de mi pasado, consistentes en archivos criminales y titulares de periódico, son de dominio público; el resto se ha conservado estrictamente en el círculo de los Sassoon de Calcuta. Puesto que me voy de la India, las cartas, recortes, fotografías, archivos y documentos oficiales se amontonan por los pasillos. Al examinarlos por última vez, reconozco que lo que pareció un desenlace disparatado constituye en realidad el comienzo de mi historia.

Comprendo asimismo que esta narración tiene elementos vindicativos, a un tiempo dulces y amargos, previstos y accidentales. Aunque en mi relato aludiré principalmente a este río melancólico, a este mar de fondo lleno de rencor, durante muchos años conseguí ignorar su silencioso oleaje. Sin embargo, como un grifo cuyo intermitente goteo acaba por llenar un cubo, este muro de agua, aunque inevitable si se recuerda su origen, apareció casi por sorpresa cuando fi-

nalmente desbordó sus orillas. Como la víctima de una catástrofe, me enfrenté al momento en que me vería arrastrada hacia el mar para flotar con dificultades o navegar triunfante. Sin embargo, esa época de ajuste de cuentas llegaría muchos años después de que yo descubriese el cadáver ensangrentado de mi madre.

Actualmente esta casa apenas se diferencia de cómo era en 1878. El estrépito de coches y camiones ha sustituido al torpe y ruidoso paso de los caballos que tiraban de los carruajes, pero el tráfico sigue consistiendo principalmente en los *rickshaws* arrastrados por sudorosos hombrecillos y en otros tipos de vehículos de tracción humana. De las mansiones que se alineaban a ambos lados de Theatre Road, el número cuatro sigue siendo la más importante, por lo menos por el momento. Lo que suceda cuando se impongan los Chatterjee, es algo inimaginable.

La estancia donde me encuentro es la más amplia de las habitaciones de la esquina, y en otros tiempos la ocupaba mi padre. Dormíamos en el segundo piso porque sus elevados techos y grandes ventanales conseguían atraer sobre nosotros las esquivas brisas nocturnas. La habitación de mi madre era la contigua, pero puesto que papá se hallaba ausente la mayor parte del año comerciando con opio en China, ella solía dormir en su cama, que se levantaba sobre un entarimado hasta el nivel de los tres paneles de ventanas.

—A él le complace saber que le espero aquí —me dijo en una ocasión.

En aquellos momentos sus palabras fueron consoladoras para mí porque mi padre era una figura confusa. Siempre que yo deseaba algo especial o formulaba una pregunta enojosa me decían que aguardara su retorno, fecha que jamás se concretaba —podía tratarse de semanas o de meses—, pero la presencia de mi madre en la cama paterna auguraba su seguro retomo al hogar.

Mi dormitorio era contiguo al vestidor de mi madre. Yo ocupaba la única cama y Yali, mi aya, dormía sobre una es-

tera en el suelo. Junto a mí se encontraba el gran cuarto de baño infantil, cuyas puertas comunicaban con mi habitación y la zona de los pequeños, donde mis hermanos se hallaban confiados a los cuidados de Selima, la *dai* o nodriza. Asher, que aún no había cumplido el año, dormía en una cuna; Jonah, que con dos años era cuatro más joven que yo, en una camita de barrotes. Los restantes miembros del servicio, el cocinero, su ayudante, el cochero, el mozo y el *durwart* o portero, vivían en unas dependencias anexas a la cocina.

Aquella infortunada noche, la primera de octubre, Jonah tenía sarpullido, por lo que mi madre pidió a las ayas que se turnaran para abanicar a los bebés. El golpeteo de las persianas me despertó antes de amanecer. Al principio creí que se trataba tic Yali, que a veces roncaba. Miré hacia donde debía encontrarse y al descubrir su estera enrollada como una serpiente recordé que le habían asignado otras obligaciones. Me senté en la cama y traté de concentrarme en aquel ruido. Pensé que tal vez se tratara del *punkah*, el ventilador chato y alargado. Una de las ayas se sentaba en la mecedora y tiraba con ritmo lento y prolongado de la cuerda que conducía a la rígida cortina. En el caso de que se le cerrasen los ojos y se adormilara durante cinco o diez minutos, el movimiento del asiento, coordinado con el ventilador, se interrumpía y la cuerda que llevaba atada a la muñeca se tensaba de tal modo que la despertaba de un tirón. Agitada por la sensación de que sucedía algo anormal, me asomé a la habitación de los pequeños. El *punkah* estaba inmóvil y Selima yacía en su estera, mostrando los robustos brazos y las piernas rechonchas como salchichas. En cuanto a la escuálida Yali, estaba tendida en el suelo junto a ella como un monigote, y mis hermanos dormían tranquilamente. Volví a mi cama.

En el momento en que me tendía me sorprendió un fuerte golpe procedente del extremo opuesto del vestíbulo, donde dormía mi madre. Pensé que la ventana debía de

haber quedado abierta y decidí ir a cerrarla y tenderme después en la *chaise-longue* que tenía en un rincón de su dormitorio —donde me permitían descansar cuando sufría pesadillas o tenía fiebre— hasta que despertara. Me dirigí hacia allí pasando por el vestidor porque la puerta del pasillo siempre quedaba cerrada por fuera.

Descubrí enseguida cuál era el problema. Alguien había abierto intencionadamente una de las dobles persianas de la esquina que quedaban fijas en el centro y no había vuelto a sujetarla. La luz de la luna junto con unos rayos ambarinos preludio del sol tropical bañaban la estancia y aquella claridad se extendía sobre el lecho donde dormía mi madre. Su cutis nacarado resplandecía en contraste con la túnica de satén que la cubría hasta los hombros y que se extendía por todo el lecho. Jamás había visto semejante colcha: era de un rojo muy intenso y armonizaba perfectamente con su camisón.

Mientras aseguraba la persiana advertí un extraño olor en la habitación. Por las noches, en aquel extremo de la casa solía percibirse el aroma de jazmines, pero cuando avancé hacia mi madre me sorprendió un peculiar y acre hedor que humedeció mis ojos y se instaló como fuego en mi garganta.

—¡Mamá...! —exclamé con voz sofocada por el llanto.

Subí al entarimado y le toqué el hombro cubierto por la satinada prenda, que resbaló. La brillante superficie se adhirió a mis dedos, cálida y pegajosa. Me llevé la mano al rostro y olfateé el oscuro residuo.

—¡Mamá...!

El empalagoso olor me producía náuseas.

Le toqué la frente esforzándome por contener el llanto y comprobé que estaba fría como el mármol. Sentí que algo goteaba en mis pies desnudos, pero entre la oscuridad no logré distinguir qué era lo que rezumaba ante mis piernas y por un momento tuve la desagradable sensación de estar orinándome. Procuré contenerme y descubrí que aquella

humedad procedía de las sábanas. Entonces aferré con ambas manos el brazo de mi madre y tiré hacia mí. El miembro se desplomó pesadamente a un lado del lecho y la roja colcha se deslizó con él. Al levantarle la muñeca, un cálido fluido me roció el rostro.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Mis gritos atrajeron a las ayas, que me encontraron en medio del lecho, inclinada sobre mi madre. Les tendí las manos ensangrentadas en ademán de súplica y descubrí que asimismo tenía el camisón empapado con manchas de color escarlata.

Yali tocó la boca y los labios de mi madre y luego me tocó a mí.

—¡Por lo menos la niña está viva! —exclamó recogíendome de brazos de Selima.

Seguí llamando a mi madre, pero nadie parecía preocuparse por ella.

Me arrastraron hasta el patio de la cocina y me tendieron sobre las frías losas, sujetándome fuertemente mientras yo me debatía tratando de liberarme. El cocinero rasgó mi camisón con un cuchillo curvo y su ayudante vertió agua tibia sobre mí. ¿Qué clase de baño era aquél? El hombre me pasó los dedos por la cabeza y me palpó las orejas y la nariz. Yali, que era enjuta y fuerte, me sostuvo férreamente, bañó mis agitados miembros y luego me enjugó entre las piernas con un paño y me secó como a un bebé. Cuando hubo concluido la limpieza, se abrazó a Selima llorando de alegría.

Hasta unos días después no logré comprender lo que habían hecho: inspeccionaban mi cuerpo ensangrentado para averiguar si estaba herida. Sin embargo, en aquellos momentos no podía imaginar que pudieran alegrarse cuando su ama había sido asesinada. Me puse en pie de un salto y golpeé a Yali con los puños sin que ella opusiera resistencia. Cuando me hube cansado, me llevó al salón, desnuda y enrojecida. Allí me aguardaba la corpulenta Selima

con un camisón limpio, y se encontraban asimismo Jonah y Asher, tendidos sobre mantas colocadas a modo de islas en la alfombra de Cachemira. Las puertas que comunicaban con el resto de la casa se hallaban cerradas. Me arrellané en el generoso regazo de Selima, quien sugirió a Yali en indostaní que se aseara. Advertí que tenía el sari cubierto de manchas rojas. Me aferré a Selima, que me abrazó como si fuese un bebé y me acarició las mejillas, por las que se deslizaba abundante llanto hasta empañarle la blusa. Entonces se la quitó y apoyé mi rostro contra sus cobrizos pechos. La mantecosa hendidura olía a cardamomo. Aunque hacía algunos años que no mamaba, así su firme pezón con los dientes y me quedé dormida chupando.

Al concluir la jornada, después de que la policía tomara posesión de la casa, la abuela Flora Raymond acudió a recogerlos. Yo la llamaba Nani, el término indostaní que distingue a la abuela materna. Sin apenas mover los labios, me rogó que la acompañase afuera. El ayudante del cocinero nos trajo un vaso de agua. La abuela vertió en él un poco de sal y me obligó a beber unos sorbos.

—¡Uf! —exclamé rechazando aquel brebaje.

—Es para quitarte el susto —me dijo, y me obligó a tomar otro trago.

Acto seguido entró en la cocina, que se hallaba en una dependencia anexa, cogió un cucharón metálico en cuyo hueco introdujo una pella de plomo y lo puso encima del fuego. Cuando el cucharón estuvo al rojo vivo, ordenó al cocinero que sostuviera sobre mi cabeza un gran *dekchi* o bol con agua en el que vertió el plomo derretido. El chisporroteo me sobresaltó. A continuación examinó detenidamente la forma que había tomado el fragmento del metal, que por lo visto no la complació porque repitió el experimento otras dos veces. Satisfecha por fin, envolvió el plomo en un papel y lo puso bajo mi pie.

—¡Pisotéalo, Dinah! —me ordenó.

—¿Por qué?

Por toda respuesta me dirigió una severa mirada que impelía a la obediencia.

—*Ayn-faksi t-ayn-ilraa* —canturreó en árabe, lengua original de los judíos de Calcuta—. ¡Que el diablo sea destruido!

Era la primera vez que yo oía un *tarkah*, un ensalmo bagdadí utilizado como antídoto para el miedo.

Nani decidió llevarnos consigo a su casa de Lower Chitpur Road, en el antiguo distrito judío próximo a las primeras sinagogas. Recogieron algunas ropas de mi habitación y me preguntaron si deseaba llevarme algo más.

—Quiero la túnica blanca con la franja azul.

Yali pareció confusa.

—No tienes nada semejante.

—¡La quiero!

—¿Algunos libros, quizá? ¿Muñecas? —sugirió dulcemente Nani.

—¡La túnica! ¡La túnica de mamá!

—¿Por qué querrá tal cosa? —se sorprendió Yali.

Con ademán de impaciencia, Nani indicó a la nodriza que fuese a recogerla. Pero al cabo de unos momentos el aya regresó llorando: la policía no le había permitido entrar en la habitación donde se había cometido el crimen.

—Trataré de solucionarlo —dijo Nani.

Aquella noche, cuando me instaló en el invernadero de su casa, depositó la túnica a los pies de mi cama.

—Aquí está, querida Dinah. Tu madre te quería muchísimo.

—No, no es verdad. Si me quisiera estaría conmigo.

Mi abuela se levantó y tan sólo distinguí su espalda encorvada y su aire derrotado.

—Voy a enviarte a Yali —repuso con voz temblorosa—. Ella dormirá junto a tu cama. Si te despiertas, acudirá en mi busca.

Me cubrí con la túnica y cerré los ojos. Pasando los dedos por ella lograba disipar la imagen de mi madre bajo la capa roja sustituyéndola por la blanca prenda de moaré. Me representaba a mamá leyendo un libro, una de sus obras preferidas era *Loma Doone*, mientras la luz de la lámpara jugueteaba con aquellos remolinos sedosos, como aceite que se deslizara sobre agua. A veces me sentaba junto a ella y me leía algo. Era tan esbelta que no teníamos dificultad alguna para compartir la angosta *chaise-longue*. Mamá comenzaba por cualquier punto donde se encontrase en su lectura, pero no me importaba. Mi interés por la narración era relativo. Lo que me encantaba era oír su voz: lírica, susurrante, expresándose en un suave murmullo. Cuando me quedaba dormida o me retiraba sigilosamente, ella permanecía en silencio. Solía vestir aquella túnica blanca, festoneada por una franja de seda azul de cinco centímetros. Yo pasaba las manos una y otra vez por el suave borde, desde la orilla hasta el cuello, tratando inútilmente de imaginar dónde comenzaba y dónde concluía, y oprimía la mejilla contra su pecho, que casi siempre olía a rosas. A veces se llevaba mi otra mano a los labios y me besaba los dedos uno a uno. Éste es el recuerdo más vivo que conservo de ella: besos, su fina y susurrante voz mientras permanecía lánguidamente tendida en la *chaise-longue*, y los mismos libros que leía una y otra vez.

Al cabo de una o dos semanas, la seda de la túnica comenzó a perder su perfume, y poco antes de que mi padre regresara había desaparecido el último residuo de la esencia de rosas.

Cuando desperté al día siguiente de haber descubierto el cadáver de mi madre, me encontré a Yali y a Nani observándome y murmurando. Una vez me hubo bañado, mi aya me vistió con un delantal blanco bordado con mariposas y Nani soltó mi cabello castaño y le indicó que me lo cepilla-

ra. Cuando por fin comprendí que no volverían a trenzár-melo y me proponía indagar la razón, observé el peculiar aspecto de mi abuela: también ella llevaba suelto el cabello. Grises mechones enmarcaban su rostro.

—¿Por qué llevas así el pelo, Nani?

—En señal de respeto.

Hizo una seña a Yali indicándole que estaba satisfecha con mi apariencia y añadió:

—Ahora debes comer algo.

—No tengo apetito.

Un criado nos sirvió una bandeja con té y frutas y la colocó en la mesilla.

—Toma un poco de té —insistió mientras el aya me ofrecía la copa para que bebiese—. Bien, ¿no te sientes mejor?

—Creo que sí.

—Ahora come unos trozos de plátano —añadió besándome la mejilla—. Hoy vendrá mucha gente a vernos.

—¿Por qué?

Me cogió la mano.

—Hoy despediremos a tu madre.

—¿Adónde irá?

—Al cementerio.

—¿Y luego?

—Será enterrada.

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que se hace.

Di una patada en el suelo y exclamé:

—¡No! ¡A mi madre no!

Mi abuela se apoyó en el lavabo con los ojos llenos de lágrimas.

—No debes decir eso, Dinah —me reconvino.

Su boca se convirtió en una línea tensa alrededor de la cual se formaban múltiples arruguitas. Me tomó con fuerza de la mano y acudimos a reunirnos con los demás.